



EXPLORACION SUBMARINA EN VALPARAISO

Naves que Reviven en el Fondo del Mar

Por
Gastón GAUCHE T.

Poco antes de llegar a la Caleta El Membrillo, frente a un hermoso sector de la Avenida Altamirano, se encuentra una agitada zona de mar conocida como El Rodal del Buey.

Traicioneras corrientes marinas y veleidosos vientos, junto a unos siniestros arrecifes y bajos, han causado la muerte de numerosos buques. Muchas naves que trataron de arribar a Valparaíso y otras que pocas horas antes lo habían abandonado, llegaron hasta el fondo del mar en ese pavoroso paraje.

Las crónicas conservan cuidadosamente los nombres de las naves que allí se perdieron. Algunos naufragios, como el de la corbeta francesa "L'Oriental", ocurrido en junio de 1840, siguen recordándose hasta hoy. Veleros con casco de madera, otros de construcción metálica y antiguos vapores, naufragaron en ese sector cuando el viento dejó de henchir las velas o la corriente los arrastró hasta los roqueríos de la orilla. El fondo del mar guarda celosamente los restos de esas embarcaciones y si ya nada se puede rescatar, aun es posible contemplar, tristemente sepultado, lo que queda de aquellas lejanas épocas. Todos esos naufragios fueron una vez noticias del día. De toda esa vida fuerte, pujante y hermosa, sólo quedan las amarillentas páginas de los archivos y los restos carcomidos hundidos para siempre.

Quince metros de profundidad. La transparencia de las aguas permite una gran visibilidad. Infinidad de pequeñas partículas flotantes se mueven a impulsos de la traicionera corriente del Rodal del Buey. Las burbujas de aire van subiendo lentamente a la superficie y al mirar hacia arriba se puede apreciar la claridad de la luz solar.

Continuámos sumergiéndonos y el profundímetro marca ya casi 20 metros. Al fondo se divisa la arena del mar. Rápidamente sigue el descenso y a los 30 metros de profundidad topamos fondo. Al tocar con las manos el piso, una espesa nube de arena removida impide la visión. Dándonos impulso nos elevamos por sobre ella y comenzamos a explorar este fantástico mundo submarino. Las excelentes condiciones de tiempo permiten una óptima visión ya que los rayos solares cruzan la capa de agua iluminando profusamente el mar. El rítmico batir de las aletas va produciendo una pequeña corriente que altera todo lo existente en el fondo del mar. Nos desplazamos rápidamente.

Más allá se adivina una enorme mancha oscura. Al acercarnos se puede comprobar que son los restos de un casco suavemente recostado en la arena. Viejas cuadernas de madera conforman el esqueleto del casco, y numerosos tablones recubiertos de plancton yacen desperdigados por los alrededores. ¿Qué barco es aquél cuyos restos contemplamos? ¿Cuántos años yace en el fondo del mar? Estas interrogantes no serán respondidas jamás.

Cada tablón del casco está cubierto por espesas capas de plancton y al hundirse un cuchillo se levanta una nube que enturbia la limpez del agua. Los alrededores de la nave están prácticamente despejados de restos, lo que permite deducir que viajaban sin cargamento o bien que éste se encontraba compuesto por materias perecibles que ya fueron destruidas por el mar. Abandonamos este último despojo de una vieja nave y continuamos inspeccionando el sector. Más adelante, la arena forma un montículo de casi diez metros de alto. Ascendiendo, lo cruzamos y tras él se puede contemplar un hermoso bosque de algas marinas. Unos esbeltos tallos, de casi dos metros de alto, sostienen varias ramas que se mueven al compás de la corriente. Cada árbol semeja a un gomero, y al deslizarse por sobre el conjunto se tiene la impresión de sobrevolar un bosque a baja altura. El espectáculo es fascinante y la quietud de las aguas sólo aparece turbada ocasionalmente por un pequeño pez que nada velozmente. Al término del bosquecillo una enorme roca, negra y llena de hendiduras, emerge traicioneramente. Su altura supera los diez metros, reduciendo la profundidad de ese lugar en forma considerable. Estos bajos deben haber causado innumerables naufragios en épocas pretéritas y los restos de naves que hoy pueblan el fondo del Rodal del Buey han debido un día estrellar sus quillas contra ellos.

Las grandes masas de rocas continúan y al descender un poco más se puede apreciar la fuerte corriente que se forma entre esos estrechos desfiladeros. El vaivén nos empuja contra las moles oscuras y hay que redoblar el cuidado y los esfuerzos para sortear incólume tan peligrosos pasos.

Un nuevo naufragio se perfila más adelante. Esta vez corresponde a una construcción de fierro que yace con sus planchas desperdigadas sobre el fondo. Grandes grietas a lo largo de ellas hacen adivinar los golpes que han debido sufrir contra los bajos del Rodal del Buey.

En los alrededores se divisan numerosos bloques simétricos de casi un metro de alto y 50 centímetros de diámetro. Siguiendo la hilera que forman se llega a los restos de otra vieja nave, con casco de madera.

Aquí la profundidad es de casi 20 metros. Botellas y pedazos de loza se encuentran repartidos en el fondo. Todo está cubierto por organismos vivientes y al cogerlos, unas pequeñas arañitas, casi transparentes, abandonan sus refugios. Una sensación de miedo nos embarga. La misteriosa vida del mar se ve turbada en su sosiego por la curiosidad de un periodista. Nos desplazamos por sobre los restos sin volver a tocar ningún objeto.

Así sobreparamos toda esta verdadera meseta del fondo del mar, y nuevamente llegamos al sector de más profundidad. Una suave invertida, unos fuertes golpes de aleta, y comenzamos a descender nuevamente. Otra vez estamos en los 30 metros de profundidad. Las aguas son más oscuras y ha disminuido la visibilidad. El paraje es de una extraordinaria belleza, con un fondo de arena blanca. Pequeños objetos, no identificables, se destacan en el fondo. Seguimos avanzando y descendiendo.

Otro naufragio. La nave estaba construida de madera y sus restos ocupan una vasta extensión. Tablones cubiertos de musgo y algas, objetos encerrados en capas de organismos vivientes, pedazos de loza y gran cantidad de objetos que no se logra establecer qué son, dan una visión de lo que en un tiempo pudo ser un airoso velero. ¿Qué fue de sus tripulantes? ¿Qué de su cargamento? ¿Cuándo y cómo ocurrió el naufragio? Sabemos que las respuestas no llegarán nunca y por eso sólo la imaginación puede trabajar frente a este espectáculo. La mente se puebla de imágenes marineras y se va formando lenta y difícilmente la silueta de un velero que un día zarpando o arribando a Valparaíso, terminó su última singladura en el fondo del mar. Se va perfilando la visión quejumbrosa de un viejo navío, carcomido por los años y la sal, cuya tripulación debe estar, indudablemente, formada por los horribles esqueletos de feroces piratas. En nuestros oídos parece resonar el Canto de los Corsarios de "Ruta de Sangre"...

"Somos los Hermanos de la Costa, los filibusteros de Morgan, de Grammont, de Miguel el Vasco, de Sharp, del Olonés, de Watling y de tantos otros buenos capitanes, somos los Hermanos de la Costa hijos del mar antiguo... pudimos formar un imperio y nuestros huesos no han hallado más tierra que la del fondo del océano... fuimos los últimos hombres libres, la última forma de la vida impulsiva y brutal. Fuimos la naturaleza misma, avasalladora e inconsciente. Sólo los instintos desnudos y jugosos del hombre verdadero guiaban nuestra ruta de sangre... y ahora... despellejados, comidos por las sales, con los huesos chirriantes como las drizas podridas de este barco fantasma, vagando en desesperado crucero, incapaces de acomodarnos al tranquilo, profundo lecho de arenas y de algas en el fondo del mar

... ahora cantamos esta canción desafinada porque los fantasmas tienen que cantar su desesperación, su inútil y desconocido destino... sin embargo... sin embargo nos queda el mar y bajo la quilla de este barco de sombras apagadas pasan las corrientes y los grandes peces de ojos extraños. Todavía el sol, cada tarde, sangra sobre las aguas sin fin y la luna canta sobre las olas viejas canciones para nuestra muerte sin sueño; todavía el viento ruga en las jarcias y la tempestad nos escupe de un lado a otro y golpea nuestros huesos con su gran zarpa amarga... ni Dios ni el Diablo quieren nuestras almas. ¿Para qué? Hemos hallado nuestro cielo y nuestro infierno en el mar. Nuestro barco a la bolina, con sus altos masteleros de niebla, es el último de las grandes flotas corsarias... nosotros somos los Hermanos de la Costa, los filibusteros de Morgan, de Grammont, de Miguel el Vasco, de Sharp, del Olonés, de Watling y de tantos otros capitanes..."

Junto con extinguirse el canto de los corsarios van quedando atrás los restos del viejo navío.

Sobre las ondulaciones suaves del fondo del mar se posan diversas clases de crustáceos. Las algas se mueven al compás de las corrientes y todo el fondo del mar parece demostrar desafiante su vida y su fuerza.

Una ligera sensación de frío traspasa el grueso traje de neoprén. Junto con sentirse el frío aparece el miedo. La soledad del fondo del mar es demasiado fuerte para contemplarla impertérrito. La angustia de lo infinito se siente ante esta inmensa quietud dotada de una invisible fuerza que hace sentir su poder al extraño. La sensación de ingravidez parece transmitirse al pensamiento y éste elucubra toda suerte de raciocinios. El cuerpo y la mente están ligeros y suaves a 30 metros de profundidad. Sin embargo, comienza a estrecharse el cerco del miedo. Hay que aflorar.

Antes de iniciar la subida recogemos unas hermosas algas rosadas, engastadas en unas pequeñas rocas.

Lentamente comienza la ascensión, siguiendo siempre la más pequeña de las burbujas de aire. Un buzo profesional, experto conocedor del fondo de los mares, nos antecede en la subida. La excursión submarina ha durado casi una hora y ella ha sido el fruto de innumerables inmersiones, de largos estudios sobre la teoría del buceo autónomo y de entretenidas conversaciones con los hombres que han querido buscar su diario sustento trabajando bajo el mar. Toda la experiencia de estos profesionales, y las comodidades de un moderno equipo, permitieron a un periodista amante del mar llegar hasta sus profundidades y contemplar cómo la vida de organismos y peces alterna con la muerte de los viejos barcos. La emoción, la belleza y las experiencias de este viaje al fondo del mar son indescriptibles. Por eso, sólo se puede decir: ¡Chilenos, acérquense al mar, vean la hermosura de sus olas y el misterio de sus profundidades, y, sobre todo, vean el destino que nuestro mar ofrece a Chile!

NOTA DEL AUTOR.— Este reportaje fue posible gracias a la colaboración de la autoridad Marítima; del Bote Salvavidas; de numerosos buzos de la Armada Nacional y de la firma especializada en trabajos submarinos Salvamar Ltd.